

HISTORIA Y COMUNICACIÓN SOCIAL: ALGUNOS VECTORES ANALÍTICOS PARA EXPLORAR UNA (INTER) RELACIÓN PROBLEMÁTICA *

History and Social Communication: Some Analytic Vectors to
Explore a Problematic (Inter) Relationship

Janny Amaya Trujillo

Maestra en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de La Habana, Cuba (2008). Actualmente es estudiante del Programa de Doctorado en Ciencias Sociales del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara, México.

jannyamaya@gmail.com

Correspondencia: Lorenzana 753, apto 4. Colonia Jardines del Bosque,
Guadalajara, Jalisco, México. CP 54520

* Este ensayo es resultado de una síntesis de la investigación *Historia y Comunicación Social. Apuntes para un diálogo inconcluso*, presentada por la autora para optar por el grado de Maestra en Ciencias de la Comunicación, Facultad de Comunicación, Universidad de La Habana, 2008.

RESUMEN

¿Cuáles han sido algunos de los ejes más recurrentes en la conceptualización de las mutuas (inter)relaciones entre las prácticas sociales de comunicación y la historia? A partir de una revisión crítica de la literatura teórica sobre el tema, la autora describe algunos de los argumentos y posturas fundamentales en esta línea de reflexión, todavía insuficientemente articulada, en la que convergen miradas desde ambos campos disciplinares. Particularmente, se sintetizan tres vectores fundamentales en la conceptualización de estas relaciones: 1) la concepción de los medios de comunicación como fuentes historiográficas; 2) la consideración de las prácticas sociales de comunicación como procesos constitutivos de las dinámicas socio- históricas; y 3) las reflexiones en torno al lugar de los medios de comunicación en la cultura y la memoria histórica de las sociedades contemporáneas.

Palabras clave: Historia, Comunicación Social, Fuentes, Memoria histórica.

ABSTRACT

Which have been some of the axes more appellant in the conceptualization of the mutual (inter) relationships between the social practices of communication and history? From a critical review of the theoretical literature on the topic, the authoress describes some of the arguments and theoretical fundamental positions in this line of reflection, still insufficiently articulated, on which they converge looked from both fields of the discipline. Particularly, this essay synthesizes three vectors in these relations: 1) The conception of the mass media as historical source; 2) The consideration of the social practices of communication as constitutive processes of the historical dynamics; and 3) The reflections concerning the place of the mass media in the culture and the historical memory of the contemporary society.

Keywords: History, Social Communication, Social Memory, Historical Source.

Recibido: 5 julio de 2011

Aprobado: 6 de agosto 2011

Este trabajo presenta un recorrido en torno a algunas de las posiciones fundamentales desde las cuales han sido concebidos y visualizados los vínculos o conexiones entre la historia y las prácticas sociales de comunicación. En él, se pretende identificar algunos de los vectores analíticos que se muestran como puntos de enlace significativos en la relación entre la comunicación social, y la historia, en sus acepciones de entidad objeto de estudio y disciplina científica.

No obstante, el bosquejo de estas mutuas (inter)relaciones debe partir, necesariamente, de un reconocimiento preliminar de la confusión que pueden contener los usos anfibológicos de ambos términos o denominaciones. De una parte, el término ‘historia’ suele indistintamente designar a una entidad, una disciplina científica, e incluso, aludir a su cualidad de ‘discurso o relato’ (Le Goff, 1991, p.19). Los usos anfibológicos del término **historia** tienden a recusar la importancia de establecer una distinción fundamental entre la historia como **entidad** objeto de estudio- *res gestae*-, y como actividad cognoscitiva, **disciplina** de conocimiento- *historia rerum gestarum*-. Para uno de los más brillantes historiadores del siglo XX, “quizás el peligro más grave, en la utilización del término ‘historia’, sea el de su doble contenido: ‘*historia*’ designa a la vez el conocimiento de una materia y la materia de este conocimiento” (Vilar, 1996, p.1).

Por otro lado, bajo la denominación genérica de **comunicación social** se ubican tanto una **práctica social** que reconoce sus orígenes en la existencia misma del hombre, como un **campo científico** de reciente aparición en el concierto de las ciencias sociales. Diversos autores han señalado la existencia de una “confusión básica” entre la comunicación como disciplina de estudios, y comunicación como fenómeno o entramado de prácticas socioculturales (Fuentes, 1992).

Incluso, en su propia construcción como objeto de estudio dentro del campo científico de la comunicación, se ha destacado crecientemente la necesidad de “sustituir el concepto predominante que identifica a la comunicación con la transmisión y circulación social de «mensajes» por un marco conceptual más complejo, alrededor de la comunicación considerada como **proceso socio-cultural básico**, es decir, como producción de sentido” (Fuentes, 1999, p. 58). Es precisamente la complejidad y amplitud de la comunicación como objeto de estudio la que puede explicar las tipicidades de este campo científico¹, caracterizado por su **amplitud cognitiva** y su **pluralidad metodológica** (Marques de Melo, 2001, p. 27).

Desde este reconocimiento, procuraremos entonces ofrecer una síntesis de algunos de los argumentos y posturas más relevantes en los modos de concebir **las prácticas sociales de comunicación en su relación con la historia**². Estos “puntos de enlace” comprenden proposiciones de diverso rango teórico-epistemológico que comparten, como eje común, el interés por (re)conocer o

explorar los “hilos visibles e invisibles”³ que articulan las múltiples conexiones entre historia y comunicación social. Es posible afirmar que se trata de una línea de reflexión todavía insuficientemente articulada, en la que convergen algunas miradas desde ambos campos disciplinares.

De manera general, los modos de pensar estas conexiones han oscilado desde la obviedad-largo tiempo predominante- que suele remitir el término “comunicación social” directa y exclusivamente a las instituciones y productos mediáticos, hasta el intento de descubrir las opacidades que apuntan hacia su consideración como proceso constitutivo de las dinámicas socio-históricas. Las reflexiones en torno a las implicaciones de los medios de comunicación en la cultura y la memoria histórica de las sociedades contemporáneas ha sido otro de los puntos fundamentales en este debate. La topología de esas relaciones constituye, aún hoy, un camino abierto a sucesivas aproximaciones y reinterpretaciones. En este sentido, se ha destacado que “existen múltiples formas de considerar la historia, de visualizar la relación entre historia y comunicación. Esa relación es también, por tanto, un universo de posibilidades” (Barbosa, 2007).

I. CONCEPCIÓN TRADICIONAL: MEDIOS DE COMUNICACIÓN COMO FUENTES HISTORIOGRÁFICAS

El intento de elucidar los nexos o puntos de encuentro fundamentales entre la historia- en su doble acepción de disciplina de conocimiento y entidad objeto de estudio- y la comunicación como práctica social, ha remitido usualmente a la consideración de los productos comunicativos como fuentes para la investigación histórica. Esta noción, la más entronizada en el terreno de la historiografía, ha partido tradicionalmente de una consideración del **valor historiográfico de los relatos del acontecer propuestos por los medios de comunicación.**

En tanto instituciones cuyo encargo social fundamental consiste en el registro e información sobre el acontecer públicamente relevante, los medios de comunicación- y especialmente los medios impresos- se integrarían al conjunto de las denominadas “fuentes narrativas” para la investigación histórica.

El desarrollo del periodismo como actividad típicamente moderna, marca la emergencia de instituciones y profesionales especializados en el establecimiento de la vigencia social para las representaciones del acontecer, conforme a las necesidades y aspiraciones de los sujetos de recibir información sobre los cambios o acontecimientos de relevancia pública (Piñuel y Lozano, 2006, p. 34). De este modo, el registro del acontecer contenido en los productos comunicativos devendría también una recurrida fuente historiográfica. Ello se correspondería con las profundas transformaciones advertidas en la noción misma de “fuentes”, que en el curso del siglo XX subvertiría la concepción positivista de “archivos

documentales” y evidenciaría una ampliación y diversificación de las “huellas” pertinentes para la explicación del pasado.

Los relatos o productos periodísticos se convertirían en un recurso favorecido, fundamentalmente por la historia política, que reconocería en ellos importantes enclaves para la reconstrucción de eventos, corrientes o personalidades políticas significativas, en virtud de la centralidad de estos medios en las dinámicas de las sociedades occidentales desde el siglo XIX.

Incluso este tipo de aproximaciones más frecuentes no ha estado exento de debates en el seno mismo de la historiografía. Al decir de la investigadora española María Dolores Saíz (1996, p. 132), la valoración de los historiadores profesionales en torno a la validez de las fuentes periodísticas ha oscilado desde el rechazo total a la aceptación indiscriminada, pasando por posturas de equilibrio que admiten a la prensa como material factual, susceptible de contrastaciones con otras fuentes documentales.

En un artículo del año 1957, publicado en la *Revue Historique*, el investigador francés Jacques Káyser presentaba las relaciones entre prensa e historia⁴ en los siguientes términos: «Para el establecimiento de la verdad histórica, cada periódico aporta su propio material. Se trata de elementos fragmentarios, disociados, necesariamente simplificados, raramente objetivos, de una realidad siempre compleja. Aunque se puede cuestionar como fuente única, es una fuente complementaria de primer orden” (p. 284-309).

Otros autores, como E. Hatín (1985), fueron más lejos, al identificar a la prensa y los medios de comunicación en general- como “las más preciosas fuentes historiográficas”. “Intérprete fiel de los tiempos que ha atravesado, el periódico reproduce su fisonomía más exacta (...) En ningún otro lugar se encontrarán datos más numerosos, más seguros para la historia moral, política y literaria de las diversas naciones” (Ruiz Acosta, 1998, p. 392).

Las principales reticencias a su utilización en este sentido se han centrado en la advertencia del carácter mediado -e incluso intencional de los relatos periodísticos sobre el acontecer. Ellos deben someterse a criterios impuestos por el oficio: la selección de estos acontecimientos debe ajustarse en función del capital cognitivo, las expectativas y hábitos de sus audiencias, y además, estará mediado por el compromiso editorial y las lógicas económicas y políticas del propio medio como empresa. En tanto ellos no proveen de un “testimonio” aséptico del acontecer pasado, sino un registro selectivo e intencionado de éste, su manejo por parte de la historiografía obliga a procedimientos de crítica de fuentes de gran envergadura, así como a su contraposición y verificación con otro tipo de materiales y documentos. “Sin embargo, ningún historiador contemporáneo se podrá permitir

prescindir de ninguno de ellos si quiere establecer una visión pertinente de las historias de la Historia” (Piñuel y Lozano, 2006, p. 235).

Estas consideraciones pueden ser extendidas al conjunto de fuentes documentales en las que se sustenta el análisis histórico, puesto que “lo que vemos en toda fuente es una relación comunicativa” (Mendiola y Zermeño, 1998, p.188). Así, todos los documentos, desde reportes, informes o registros archivísticos, estarán presentados de acuerdo con las expectativas de sus destinatarios, así como a un conjunto de funciones sociales prescritas que regularán sus contenidos y formatos. “Cada documento es parte de un sistema de comunicación que el historiador, como observador externo ha de reconstruir (...) La discusión sobre los hechos del pasado tendrá entonces que concentrarse en los espacios de las distinciones o convenios previos bajo los cuales se llevó a cabo la producción del conjunto de los textos” (Mendiola y Zermeño, 1998, p.189).

Más allá de estos debates, la documentación hemerográfica puede ser considerada como “uno de los conjuntos documentales de mayor interés hoy en la investigación de la historia en todo Occidente desde el siglo XVIII” (Aróstegui, 2001, p. 405). Su uso se extendería progresivamente desde la historia política hacia otros terrenos como la historia social y cultural.

“En general los especialistas en ciencias sociales y los historiadores, se muestran hoy de acuerdo en afirmar la importancia de los periódicos como fuente historiográfica, aunque en ocasiones sigan existiendo entre ellos importantes discrepancias sobre la valoración científica del material periodístico” (Saíz, 1996, p.133).

Pese al creciente protagonismo de otros medios de comunicación -que han favorecido la aparición de archivos fílmicos, radiales, etc.- todavía hoy el énfasis parece acentuarse en la prensa impresa. No obstante, es reconocido que las transformaciones generadas a partir de la emergencia de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación plantean nuevos retos en las habituales consideraciones sobre las fuentes de información histórica.

1. ALGUNOS DESPLAZAMIENTOS FUNDAMENTALES: DE CÓMO LAS PRÁCTICAS SOCIALES DE COMUNICACIÓN NARRAN Y HACEN LA HISTORIA

Frente a estos enfoques tradicionales que plantean una concepción limitada y utilitarista de las relaciones entre historia y comunicación -que en este caso suele asumirse en su acepción más estrictamente mediática- algunos abordajes recientes han destacado la necesidad de repensar estas relaciones no sólo a partir del vector “productos comunicativos-fuentes historiográficas”, sino también tomando en cuenta otros puntos de encuentro fundamentales.

Algunas de las posturas más reveladoras en tal sentido, son las de los comunicólogos españoles José Luis Piñuel y Carlos Lozano (2006), quienes proponen un desplazamiento analítico que toma como punto de partida la consideración de la comunicación como proceso básico, como práctica constitutiva de la vida social. Según estos autores, además del valor historiográfico de los relatos del acontecer, es posible considerar otras dimensiones cardinales en el planteamiento de las relaciones entre historia y comunicación social.

Una de estas dimensiones quedaría planteada, entonces, a partir de considerar la **expresión comunicativa** como condición para la **manifestación del relato histórico**. Según explicitan en su análisis, “un acontecimiento que no se relata puede existir, pero desaparece para la posteridad; al final es la expresión (comunicativa) la que facilita la vía más expedita para constatar la existencia de un suceso que tuvo lugar; es el primer paso para que el relato histórico se manifieste” (Piñuel y Lozano, 2006, p. 30).

Para estos autores, los relatos históricos forman parte indispensable del capital cognitivo de representaciones socialmente compartidas por comunidades o grupos humanos. Se trata de un capital cognitivo constituido socialmente mediante acuerdos o imposiciones, a través de interacciones comunicativas. Los relatos históricos integrados al capital cognitivo de una comunidad expresarían la capacidad colectiva de transmitir a generaciones sucesivas relatos de acontecimientos no vigentes, sucedidos, e irre recuperables, pero relacionados con grupos o personajes con los cuales la propia comunidad mantiene vínculos que trascienden el paso del tiempo.

Los relatos históricos proporcionarían, entonces, un anclaje identitario y una representación de la temporalidad activadas en función de un presente inmediato, y como marcos de referencia para la acción colectiva futura. Si bien entre las comunidades prehistóricas esta representación dependía estrechamente de procesos de memorización y de transmisión oral, el surgimiento de la escritura establecería los marcos adecuados para la fijación, y la posibilidad de recuperación de los relatos históricos.

De este modo, las interacciones comunicativas se revelan como procesos básicos no sólo en la conformación, expresión y transmisión de relatos históricos, sino en la constitución misma del “**sujeto genérico de la historia**”, entendido este como grupo, comunidad o nación⁵. Desde esta perspectiva, las prácticas sociales vinculadas a la reproducción de representaciones identitarias, a la valorización y jerarquización de sucesos significativos a estas representaciones, y en suma, los criterios vigentes en cada momento para la conformación de los relatos de la propia historia, tienen un **punto de convergencia fundamental** en torno a las **prácticas comunicativas**, entendidas estas últimas no sólo como aquellas vinculadas a los medios de comunicación social, sino también a las prácticas de enseñanza, y los ritos sociales en general.

Estos autores defienden la comprensión misma del **relato histórico** como “**formas de comunicación históricamente cambiantes**”. Es decir, que “a cada representación vigente del acontecer propio le corresponde una visión histórica que se encarna en los relatos que una cultura produce, de forma que cuando cambia la vigencia de una representación de este acontecer, terminan por cambiar las concepciones destinadas a mostrar a las generaciones presentes y venideras los trayectos que cubren las historias de la Historia” (Piñuel y Lozano, 2006, p. 227).

Es decir, la vigencia o reactualización de estos relatos como representaciones del pasado estaría sujeta a la transformación de los criterios socialmente establecidos y legitimados para la producción de relatos históricos. Sin embargo, su reactualización se verificaría no sólo en cuanto al contenido mismo de los relatos, sino también en relación con la evolución de las formas expositivas adoptadas por estos.

Un aspecto que puede resultar controversial en la propuesta de estos autores es precisamente la insuficiente delimitación entre las representaciones del pasado socialmente compartidas en la forma de relatos históricos pre-científicos-tradiciones orales, crónicas, testimonios, relatos, etc.- como manifestaciones de una conciencia de la propia historicidad de grupos y comunidades humanas, y la posterior articulación de una disciplina científica para el conocimiento de la historia.

Su análisis de las interrelaciones entre historia y comunicación social se orienta preferentemente hacia la consideración de la centralidad de las prácticas de comunicación en la conformación y transmisión de una “conciencia histórica” que tendría su expresión en los relatos históricos, y esquivando las implicaciones que supondrían la aparición de un discurso de aspiraciones científicas, situado como instancia legítima de regulación y configuración de las representaciones del pasado en las sociedades modernas.

Esta ha sido una línea de análisis ampliamente desarrollada por la comunicóloga brasileña Marialva Barbosa. Para esta autora, atendiendo a la dimensión narrativa de todo texto histórico, “la historia es siempre un acto comunicacional” (2007). Según esta perspectiva, en todo **texto histórico** siempre está contenida una **expectativa comunicacional**, de modo que la pretensión de estructurar un discurso científico no implica el abandono de una lógica narrativa en los textos históricos. “Con ello no queremos retirar a la historia su estatuto de científicidad (...) Tampoco negamos toda la discusión que gobernó durante el siglo XX y que procuró constituir nuevos parámetros y nuevas bases para la disciplina, privilegiando la estructura y la coyuntura de los tiempos de larga duración. Tal como Ricoeur, lo que estamos enfatizando es que ‘el saber histórico procede de la comprensión narrativa sin nada que perder de su ambición científica’” (Barbosa, 2007).

De modo explícito estas proposiciones remiten al vórtice de uno de los más importantes debates concernientes a la historiografía contemporánea: las relaciones entre historia y narración. Si bien la narración como forma tradicionalmente aceptada de exposición del discurso histórico había sido fuertemente cuestionada por algunas de las más importantes escuelas historiográficas del siglo XX, como el marxismo o los Annales, precisamente a partir de la década de los setenta de ese mismo siglo, el denominado “giro lingüístico” pondría en el centro de atención el análisis de los textos historiográficos en cuanto “discursos narrativos”.

Provenientes fundamentalmente del campo de la filología y la lingüística, estas corrientes tendrían, entre sus exponentes fundamentales a Paul Ricoeur. Según este autor, la narración no constituye un mero vehículo de comunicación de la experiencia histórica, sino que la narratividad constituye una condición esencial de la exposición histórica, en la que forma y contenido se vinculan como un todo inextricable (2004, p. 310). Es decir, el análisis de la estructura y significado del discurso histórico ha conducido a su consideración como “código comunicativo” en el cual la narratividad constituye la forma por excelencia para su exposición. El discurso narrativo se develaría como dispositivo para la producción de significado, más que como mero vehículo para la transmisión de información. Desde esta perspectiva, “la dimensión narrativa es lo que distingue a la historia de otras ciencias humanas y sociales” (Ricoeur, 2004, p. 312). A pesar de que estas consideraciones han resultado polémicas, y ampliamente debatidas en el seno mismo de la historiografía⁶, sus argumentos básicos parecen haberse convertido en uno de los enclaves significativos en el intento de explorar las relaciones entre historia y comunicación social.

No obstante, es en la comprensión misma de las **prácticas sociales de comunicación** como **agentes activos en los procesos de transformación histórico-social** que pueden identificarse las subversiones fundamentales de los modos en que tradicionalmente habían sido concebidos los vínculos entre historia y comunicación social.

Asumiendo esta perspectiva, Piñuel y Lozano (2006) establecen una distinción fundamental para la comprensión de las prácticas sociales de comunicación como prácticas constitutivas no sólo del discurso y el conocimiento histórico, sino también en su incidencia sobre el curso mismo de la historia.

Según esta propuesta, es posible reconocer, de una parte, la existencia de **prácticas comunicativas** concebidas -por su vigencia social- en función de la **narración y fijación del acontecer**. Estas prácticas aparecen vinculadas al **uso social de los medios de comunicación**; y a otras, asociadas a **hábitos sociales** de dejar constancia de actos y acontecimientos oficiales, formales y administrativos -actas, memorias, registros-. Todas ellas conformarían un conjunto fundamental de fuentes para la investigación y el conocimiento histórico. De otra parte,

reconocen también la existencia de **prácticas sociales de comunicación destinadas a la transformación del acontecer**, prácticas propiciatorias o catalizadoras del cambio sociohistórico: “por ejemplo, una orden dictada por quien está legitimado socialmente para hacerlo, y publicada conforme a los medios y formatos legitimados para hacerla efectiva, es una forma de comunicación (...) pero sus efectos trascienden la comunicación (la dinámica del intercambio de mensajes) y pueden cambiar el curso de la Historia” (Piñuel y Lozano, 2006, p. 236).

Es en esta línea reflexiva que privilegia la comprensión de las prácticas sociales de comunicación como agentes activos del cambio histórico-social donde pueden situarse las consideraciones en torno a las relaciones entre comunicación y cambio social planteadas por la Teoría Social de la Comunicación, propuesta por el comunicólogo español Manuel Martín Serrano⁷ (2004).

Ubicando su análisis en torno a las prácticas de comunicación pública⁸ y amparada en el paradigma científico de la mediación esta teoría adopta como eje fundamental las relaciones entre la producción y reproducción social y comunicativa. Serrano (2004, p. 40) destaca la **dimensión enculturadora de la comunicación pública**, en tanto proveedora de relatos que contienen propuestas de interpretaciones del entorno y de lo que en él acontece. Estos relatos articulan una relación entre los sucesos acontecidos y los fines y creencias que interesa perpetuar a determinados grupos sociales, de modo que sugieren determinadas representaciones del mundo, o se muestran vinculados a ellas.

“Desde la perspectiva de su posible influencia cognitiva, la comunicación pública⁸ es una de las actividades que intervienen en la socialización de las gentes” (Serrano, 2004, p. 40). Sin embargo, ella no puede ser comprendida como la única práctica social enculturadora, puesto que sus relatos coexisten y confluyen con otros, generados y difundidos por otros cauces e instituciones sociales, como la escuela y la familia, entre otros.

Como actividad socializadora, la comunicación pública se inserta en las dinámicas de interacción y de acción social, como proceso interviniente en la producción y reproducción de las sociedades. La producción de representaciones del mundo puede ser concebida como el inicio o la culminación de algún cambio social. Es decir, según esta perspectiva, es posible admitir la generación de procesos de cambio social a partir de la exteriorización y difusión de determinadas representaciones del mundo contenidas en relatos que tienen una función enculturadora. Este proceso implica la interiorización de dichas representaciones por sujetos y actores sociales que la asumen como propia, y la consiguiente repercusión de los comportamientos y prácticas generadas en el estado de la sociedad. “A través de un recorrido que pasa por la conciencia de los sujetos y luego por sus actos, es posible que una narración llegue a tener una influencia real en el estado de la

sociedad” (Serrano, 2004, p. 41). Del mismo modo, es posible entender dicho proceso en un sentido opuesto, esto es, comprender la actividad enculturizadora como un resultado del cambio social.

Esta propuesta teórica plantea pues, como axioma fundamental, la **existencia de interdependencias entre la transformación de la comunicación pública y el cambio social** (Serrano, 2004, p. 59). A partir de un enfoque sistémico, y desde una perspectiva dialéctica, el autor concibe estas relaciones como una interdependencia entre dos sistemas homólogos -aunque no idénticos- y autónomos, abiertos ambos a la influencia del otro⁹. Con independencia de un análisis detallado del modelo teórico propuesto por el autor, así como de su pertinencia y operatividad en el área específica de los estudios históricos en comunicación, interesa destacar la ruptura fundamental que este axioma supone con respecto a los modos tradicionales de concebir la relación entre historia y comunicación social.

Postular que el análisis de las relaciones entre comunicación pública y la transformación social debe partir de un reconocimiento de sus mutuas interdependencias implica conferir a las prácticas e instituciones de la comunicación pública un rol activo en el proceso histórico-social. De este modo, se subvierten tendencias predominantes que articulan este vínculo a partir de la consideración del valor historiográfico de los productos comunicativos, o de la atención a la dimensión narrativa y comunicacional de los relatos históricos. Así, es posible (re)situar a las **prácticas sociales de comunicación** no sólo atendiendo a su importancia en la conformación del **discurso histórico**, sino en cuanto **agentes** en el curso mismo de la **historia**.

Por otra parte, al proponer un análisis de los procesos de producción social de comunicación desde una perspectiva que trasciende su comprensión como mera instancia de reproducción social, Serrano plantea la imposibilidad de concebir una relación causal directa entre la transformación socio-política y los contenidos de los productos comunicativos. En este sentido, apunta que “no ha existido ni puede llegar a existir un ajuste automático, ni un efecto unívoco, entre el cambio (histórico) de las instituciones políticas y el cambio (cultural) de los contenidos de la comunicación pública. La relación entre ambos sistemas está mediada, cualesquiera que sean los niveles en los que se produzca, por los procesos cognitivos que guían la acción social de los agentes” (Serrano, 2004, p. 85). La complejidad de dichas relaciones establece la imposibilidad de deducir o predecir la resultante de esas transformaciones.

Es precisamente de esas lecturas mecanicistas que se ha derivado una serie de hipótesis que pretenden explicar la participación de las instituciones comunicativas en la transformación sociopolítica. Según Serrano, todas ellas toman como punto

de partida una suerte de deformación del significado social de los productos comunicativos. Dentro de las más significativas señaladas por el autor (Serrano, 2004, p.143), dada su proyección específica hacia las relaciones entre historia y comunicación social y muy particularmente, en su vinculación definida con el valor historiográfico de los relatos del acontecer, destacamos, en primer lugar, el empeño de identificar o establecer los sucesos más determinantes o influyentes en el cambio histórico a partir de la notoriedad atribuida y referenciada a ellos en los archivos hemerográficos. Serrano (2004, p.143) apunta cómo ella se sustenta en una creencia en que la “historia objetivada” se encuentra contenida en los productos comunicativos. Desde esta perspectiva, se suele obviar que aquello que fue o es importante para las instituciones de comunicación no tiene por qué coincidir con aquello que fue decisivo para el devenir sociopolítico.

Del mismo modo, el autor refiere el uso inapropiado de las transformaciones observadas en los contenidos de la comunicación pública como indicadores confiables de la transformación social. Basados en el supuesto de que las mutaciones observables en los productos comunicativos constituyen un reflejo del cambio histórico- social, se obvia el hecho de que la variación de las normas socialmente aceptadas y los modelos narrativos adoptados por los productos comunicativos “también son objetos afectados por el cambio histórico, pero cambian a un ritmo distinto de cómo lo hace el acontecer social” (Serrano, 2004, p.144).

Lo que indican las críticas anteriores es la reticencia hacia algunos de los presupuestos tradicionalmente admitidos en la comprensión de los productos comunicativos en su relación con la transformación socio-histórica. La validez de estos cuestionamientos puede ser enfocada no sólo en relación al análisis de la producción social de comunicación, sino también en cuanto consideraciones estrechamente vinculadas con los procesos de desmontaje crítico implicados en la utilización historiográfica de los relatos del acontecer propuestos por los medios de comunicación.

De modo general, las propuestas referidas explicitan algunos de los desplazamientos más significativos en la (re)visión de los vínculos y articulaciones entre historia y comunicación social. Ellas apuntan hacia un distanciamiento de posturas meramente utilitaristas o mecanicistas en los modos de concebir dichas relaciones, y a un reconocimiento del carácter constitutivo -y por ello, explicativo- de las prácticas sociales de comunicación en su relación con la historia.

Esta creciente complejización analítica debe ser considerada en relación a los itinerarios por los que ha transitado el propio campo de estudios de la comunicación en su progresiva -e inconclusa- maduración disciplinar, así como a las sucesivas reformulaciones que atañen a los propios modos de concebir la historia.

2. HISTORIA, MEMORIA Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN EN LAS SOCIEDADES CONTEMPORÁNEAS

Otro de los ejes analíticos en los que se ha centrado el análisis de las relaciones entre historia y comunicación social durante las últimas décadas, ha sido el de las múltiples interconexiones entre los medios de comunicación, la cultura histórica y la construcción de la memoria histórica en las sociedades contemporáneas.

Aunque estas reflexiones tienen un punto de partida en la obra de algunos de los más importantes exponentes de la *Nouvelle Histoire* francesa -entre los que destacan autores como Jacques Le Goff y Pierre Nora-, sus aportes fundamentales han sido retomados en la obra de algunos investigadores y estudiosos del campo de la comunicación social¹⁰. Por otra parte, las relaciones entre cultura y memoria han emergido como un tópico clave de investigación interdisciplinaria durante las dos últimas décadas, constituyéndose como un área de estudio que implica aportaciones de campos como la historia, la sociología, la filosofía, los estudios literarios y las ciencias de la comunicación¹¹ (Erl, 2008, p.1).

La cultura histórica de las sociedades contemporáneas -comprendida no sólo como el bagaje profesional de los historiadores, sino en un sentido más genérico, como la relación que una sociedad mantiene con su pasado (Guenneé, 1980 en Le Goff, 1991, p. 49)- ha experimentado transformaciones considerables, en virtud de procesos de divulgación y popularización del conocimiento histórico desplegados por los medios masivos de comunicación.

En este sentido apuntan algunas de las consideraciones del historiador francés Jacques Le Goff (1991), quien analizaría algunas de las incidencias fundamentales de las dinámicas mediáticas en el conocimiento y las representaciones de la historia en las sociedades actuales. “Esto es verdad para el conjunto de los *mass media*, lo que basta para explicar cómo la relación de los hombres con la historia dio con la prensa de masas, el cine, la radio, la TV, un salto considerable” (Le Goff, 1991, p. 50).

La reflexión en torno al papel de los medios como “**lugares de memoria**” (Nora, 1984), o desde la perspectiva de Jacques Le Goff (1991), como “**señores de la memoria social**” ha devenido uno de los centros de atención fundamentales en esta línea reflexiva.

Adscribiéndose a las consideraciones de Paul Ricoeur -según el cual la memoria constituye la expresión de una paradoja fundamental: el intento de retornar al presente una cosa ausente- la investigadora brasileña Marialva Barbosa (2001, p.106) define la memoria como una “reconstrucción selectiva del pasado basado en acciones subsecuentes -es decir, no localizables en ese pasado- en percepciones y en nuevos códigos a través de los cuales se delinea, se simboliza y se clasifica el mundo”. Desde esta postura, se destaca la memoria como operación selectiva

anclada en el presente, que expresa una tensión dialéctica entre el olvido y el recuerdo. Ella constituye, entonces, un “universo de significados disputados conflictivamente en el presente” (Barbosa, 2004). Es decir, se trata de un proceso de apropiación del pasado concebido no como mero rescate o reconstrucción de este a partir de sus huellas materiales, sino como un proceso activo, que implica la movilización de determinados códigos y representaciones de dicho pasado.

En tanto portadores de un discurso socialmente legítimo -es decir, sujeto a normas y convenciones de veracidad-, y a partir de estrategias de reactualización y resignificación de eventos, coyunturas o personalidades del pasado, los medios de comunicación se constituyen como dispositivos fundamentales en la articulación y regulación de representaciones del pasado en las sociedades contemporáneas.

Se hace referencia, entonces, a la “construcción mediática del pasado”, a partir de estrategias discursivas orientadas a la (re)creación de enclaves identitarios y de procesos de selección y reactualización de la memoria histórica. Así, los medios de comunicación se convierten en “mecanismos de transformación de lo ausente en presente”, que permiten “delinear, simbolizar y clasificar lo que está de vuelta” (Barbosa, 2001, p.105).

Ello se inscribe en una tendencia de las sociedades contemporáneas, que algunos autores han identificado como el “boom de la memoria”. Según Andreas Huyssen, uno de los más sorprendentes fenómenos culturales de los años recientes ha sido la emergencia de la memoria en las sociedades occidentales, un giro hacia el pasado que contrasta con el énfasis en el futuro característico de las primeras décadas del siglo XX (Huyssen, 2000). Para este autor, el denominado “boom de la memoria” resulta inseparable de la enorme influencia de los medios masivos de comunicación como orientadores de la memoria¹².

En contextos de modernización acelerada, en el que se plantean reconfiguraciones en la percepción de la temporalidad, el rescate del pasado y la memoria histórica parece constituirse en un recurso simbólico para la restauración de sentimientos de cohesión y continuidad de la experiencia social.

“A pesar de que el paisaje parece apuntar cada vez más hacia el futuro que se actualiza velozmente, impulsado por la amplia adopción de los aparatos tecnológicos y comunicacionales, el pasado se ha vuelto una referencia emblemática para la cultura contemporánea. (...) La apelación a la memoria y el pasado puede estar representando un recurso para compensar el ritmo acelerado del flujo de cambios, de resistir a la disolución de los antiguos modos de la experiencia social” (Huyssen, 2000, p. 31).

De este modo, los medios participan del “espejismo” de la preservación del pasado, se constituyen como **“lugares de memoria”**, esto es, de restauración

simbólica del sentido de unidad y continuidad histórica. Se ha analizado, por ejemplo, cómo los “gestos conmemorativos” -elevados por los medios al rango de acontecimientos periodísticos- se revelan como auténticas estrategias de construcción de significación, en las que los medios actúan como instancias de selección y regulación de la memoria social.

“La conmemoración se construye como acontecimiento, de esta manera, se restablece una lógica narrativa en la cual el pasado se usa de manera concomitante con el presente para moldear una realidad diferente. Haciendo presente el pasado, la retórica periodística de la conmemoración logra crear una materialización de la memoria en relación con el acontecimiento que se difunde como información o espectáculo” (Barbosa, 2001, p. 105).

Dentro de estas estrategias de reactualización o (re)creación del pasado en el discurso mediático se ha destacado, además, la creciente producción y consumo de productos comunicativos de carácter biográfico, lo que resulta para algunos autores un indicador elocuente del papel desempeñado por este tipo de relatos en las sociedades actuales. Ellas actúan como anclas temporales que otorgan “un cierto sentido de continuidad en el tiempo, de identificación con los antepasados, con el visitar de ciertas formas culturales; una forma de revivirlas y de hacer que la fluida y fortuita experiencia presente se inspire en la vida de otros, anteriores o contemporáneos, creándose con eso algunos lazos de continuidad y de sentido de permanencia para rediseñar un sentimiento de colectividad que permanece cada día más distante” (Rondelli y Herschman 1999, p. 31).

En conexión con dichas tendencias observadas en las dinámicas de los medios masivos, se ha analizado cómo la reapropiación selectiva del pasado histórico propuestas por los medios pueden contribuir -a partir de mecanismos de descontextualización y reducción- a una cierta deformación y neutralización de la memoria histórica en las sociedades contemporáneas.

En este sentido, el destacado investigador colombiano Jesús Martín-Barbero (1998) llama la atención en torno a lo que denomina la construcción de un “presente autista”, en el que el pasado deja de ser parte de la memoria para convertirse en “ingrediente del pastiche”, carente de la menor articulación y coherencia. “El pasado en los medios tiene cada vez más la función de cita, una cita que en la mayoría de los casos no es más que un adorno con el que colorear el presente siguiendo las modas de la nostalgia” (Martín-Barbero, 1998).

De otra parte, se ha analizado cómo los medios se convierten también en **“lugares de creación de la memoria de lo contemporáneo”** (Barbosa, 2001, p.106). En tanto portadores de un discurso que puede ser tomado como documento para el futuro, los medios de comunicación ejercen lo que Jacques Le Goff (1991, p.108)

denominara “el poder de la perpetuación, el poder sobre la memoria futura”. Es decir, ellos actúan como mecanismos de fijación y oficialización de la memoria del presente para un futuro próximo o distante, operación que los emplaza como “señores de la memoria”. Según analiza Le Goff, se trata, en este caso, de dispositivos que muestran el poder de determinadas clases o grupos sociales de dejar testimonios capaces de orientar a la historiografía en uno u otro sentido. “Al seleccionar lo que debe ser noticia y lo que va a ser obviado, al valorizar unos elementos en detrimento de otros, los medios reconstruyen el presente de manera selectiva, construyendo hoy la historia de ese presente y fijando para el futuro lo que debe ser recordado y lo que precisa ser olvidado” (...) Ellos se constituyen “no sólo en **archivos para el futuro**, sino en **archivos permanentes del presente**” (Barbosa, 2004).

Estas cuestiones aparecen estrechamente vinculadas con lo que el historiador francés Pierre Nora (1984) identificara como “**el regreso del acontecimiento**” Este autor reflexionaba en torno a las implicaciones históricas de la construcción mediática del acontecimiento, su espectacularización, y visibilidad pública, y su vinculación con las transformaciones en la percepción histórica. Según este autor, estas alteraciones se presentan estrechamente asociadas a las representaciones propuestas por los medios de comunicación “(...) esta vasta democratización que da al presente su especificidad, posee su lógica y sus leyes: una de ellas es la de que la actualidad, esta circulación generalizada de la percepción histórica culmina en nuevo fenómeno: el acontecimiento” (Nora, 1984).

Se trata, entonces, de una suerte de “tiranía del acontecimiento”, es decir, eventos contruidos o elevados por los medios a la categoría de “acontecimientos”, que pueden ser percibidos como históricamente relevantes. Para Nora, (1978 citado por Saíz, 1996, p. 142) “los medios transforman en actos lo que podría no haber sido más que palabras en el aire, dan al discurso, a la declaración, a la conferencia de prensa, la eficacia solemne del gesto irreversible”. De este modo, analiza la construcción del acontecimiento no como elemento extrínseco o relativamente independiente de las dinámicas mediáticas, sino como “la mismísima condición de su existencia”.

Ha sido señalado el rol desempeñado por periodistas e historiadores, quienes devienen en portadores de la noción de “umbral de indiferencia o interés” con respecto al flujo de los acontecimientos en el mundo contemporáneo (Moles, 1990, p. 56). El tiempo de la narrativa periodística se presenta como una reproducción sistemática de quiebra de la normalidad: el evento -elevado al rango de acontecimiento- no se presenta tanto como una transformación o cambio ostensible, sino como una discontinuidad construida a partir de un modelo de normalidad y anormalidad considerado a priori. En virtud de ello, “el cambio que el lector percibe a su alrededor no es nada distinto a un ‘acontecimiento’, en el sentido que se le da a esa palabra en la literatura histórica” (Barbosa, 2001, p.109- 110).

Este denominado “regreso del acontecimiento” plantea para la historia una serie de retos y compromisos fundamentales, indisolublemente asociados a la acción de los medios masivos en cuanto dispositivos articuladores y reguladores de representaciones del pasado, así como en su función de proporcionar testimonios para la historia futura. “**El discurso de la información** fabricado por los **nuevos medios** encierra cada vez mayores peligros para la **constitución de la memoria**, que es una de las bases de la historia. Se descubre que lo que siempre fue en la historia el **acontecimiento**, tanto desde el punto de vista de la historia vivida y memorizada como desde el punto de vista de la historia científica fundada en documentos (...) es el producto de una construcción que involucra el destino histórico de las sociedades y la validez de la verdad histórica, fundamento del trabajo del historiador” (Le Goff, 1991, p. 139).

Se ha enfatizado también en el análisis de los medios masivos de comunicación como dispositivos para la instalación de un presente continuo, una secuencia de acontecimientos carentes de articulación, que no se inscriben en una línea temporal homogénea. “En lugar de trabajar los acontecimientos como algo que sucede en un tiempo largo o por lo menos mediano, los medios los presentan sin ninguna relación entre ellos, una sucesión de sucesos (...) en la que cada acontecimiento acaba borrando al anterior, disolviéndolo” (Martín-Barbero, 1998). Esta tendencia a la descontextualización en la narrativa periodística incide decisivamente en un cierto debilitamiento de la memoria histórica, en una distorsión y reducción del pasado.

Es en el marco de estas reflexiones que apuntan hacia una estrecha vinculación entre las dinámicas mediáticas y la transformación de los modos de percibir y experimentar la historia que puede considerarse la controversial propuesta del francés Jean Lacouture (1996), la denominada “**historia inmediata**”. Aunque problemática y escasamente formalizada en cuanto a sus aspiraciones científicas, este autor articula las bases de una teoría de la historia, definiendo su dominio a partir de su relación con la práctica periodística. Según explicita Lacouture (1996, p. 241), el denominado retorno del acontecimiento aparece estrechamente ligado a las tentativas de inmediatez histórica. Por ello, “no es casual que el vehículo y lugar privilegiado de la ‘historia inmediata’ haya tomado la denominación global de medios masivos de comunicación” (1996, p. 226).

Ubicada de modo impreciso, a medio camino entre el periodismo y la investigación histórica, la “historia inmediata” se centraría en acontecimientos recientes, cercanos, cuyo curso pudiera ser incluso modificado por la acción directa del historiador inmediatezista. Esta propuesta quedaría definida tanto por la proximidad temporal de la investigación y el tema abordado, como por la proximidad física del investigador al evento que estudia. El autor destaca la diferencia del rol del inmediatezista con el historiador tradicional, a partir de su compromiso con los hechos y realidades históricas, con su propia implicación y posibilidad de construir la historia, y no sólo investigarla.

Muy vinculada, obviamente, a los criterios de inmediatez periodística, esta concepción “tiende no solo a acortar el retraso entre la vida de las sociedades y su primera tentativa de interpretación, sino, además, darle la palabra a los actores de esa historia. No pretende solamente la rapidez del reflejo; quiere elaborarse a partir de esos archivos vivos que son los hombres” (Lacouture, 1996, p. 227). Según este autor, la historia inmediata se constituye como “el producto historiográfico inmanente de las sociedades contemporáneas”. Afirma, en este sentido, que “es la inmediatez de la comunicación quien impone el desarrollo de una historia inmediata, signo brumoso de una sociedad alucinada de informaciones y con derecho a exigir la inteligibilidad histórica próxima” (Lacouture, 1996, p. 246- 147).

La escasa formalización de esta propuesta, que pretende la articulación teórica -e incluso epistemológica- de nuevos modos de concebir la práctica historiográfica ha propiciado algunas críticas sustanciales, fundamentalmente dirigidas hacia su indistinción con la práctica periodística, la confusión entre impacto sensacionalista y significación histórica, así como la escasa atención a las múltiples mediaciones que inciden en la conformación de las agendas mediáticas, y que actúan como condicionantes obvias en la orientación investigativa de los denominados “inmediatistas” (Ichikawa, 1996, p. 248-254). Sin embargo, puede valorarse como una propuesta interesante en la medida en que apunta hacia una revisión de las funciones sociales de la historia -y el periodismo- en las sociedades actuales.

Estas últimas tendencias y (re)visiones apuntan hacia una consideración ineludible de las dinámicas mediáticas en relación con los modos de producción y apropiación social de lo histórico en las sociedades contemporáneas. La centralidad de los medios masivos en algunas de estas mutaciones más significativas obliga a relocalarlos como centro de interés o ejes aclaratorios de dichas transformaciones.

En este sentido, pueden resultar sintéticas y esclarecedoras las afirmaciones del historiador español Julio Aróstegui, para quien, en el futuro inmediato “el registro memoria- historia habrá de ser enteramente distinto. Pero no solo cambiará el registro, sino algo todavía de mayor importancia. También se ha cambiado la propia *producción de lo histórico*. (...) La historia no quedará ya en el silencio inmediato para ser más tarde rescatada en el documento, sino que se revelará en cada instante, se registrará a la vista y se reconocerá a través del nuevo *noúmeno* que es la *inforred*. Y, por último, está en profunda alteración hoy también la forma de distribución y la recepción del componente cultural e identitario de la Historia, su apropiación por los agentes sociales. (...) El final del siglo y del milenio nos ha traído, en definitiva, nuevas formas de *producción* y de *apropiación* social de lo histórico” (Aróstegui, 2001, p. 183-184).

Especialmente, es necesario continuar abonando al desarrollo de modelos teóricos que contribuyan al esclarecimiento de los vínculos entre los medios de comunicación y memoria histórica y cultural en las sociedades contemporáneas, así como el despliegue de trabajos empíricos que pongan a pruebas estas líneas teóricas iniciales. Después de todo, como afirmara Zierold (2008, p. 406), “la cuestión de cómo las sociedades actuales lidian con su pasado a través de los sistemas mediáticos del presente podría constituir una importante línea para el desarrollo futuro de una teoría crítica reflexiva en torno a la cultura mediática”.

NOTAS

1. En este sentido, nos afiliamos a las consideraciones de los investigadores mexicanos Enrique Sánchez Ruiz (2002) y Raúl Fuentes Navarro (1999), quienes -retomando los planteamientos del norteamericano Wilbur Schramm (1972)- sostienen la idea de que más que una disciplina científica, la investigación en comunicación puede ser considerada como un campo “en un sentido más sociológico que epistemológico: tenemos objetos de estudio (...) y una comunidad científica que se interesa sistemáticamente por los mismos” (Sánchez Ruiz, 2002, p. 26).
2. En un trabajo previo -Amaya (2010)- hemos esbozado un análisis centrado específicamente en algunos de los rasgos teóricos y metodológicos más acusados dentro del área de los estudios históricos en comunicación.
3. En este caso, se hace referencia al título de la ponencia de la investigadora brasileña Marialva Barbosa (2007) “Meios de Comunicação e História: elos visíveis e invisíveis”, presentada al V Congresso Nacional de História da Mídia, Sao Paulo, 31 mayo- 2 de junio 2007, que fuera amablemente enviada por la autora como contribución a nuestro estudio.
4. Jacques Kayser fue el director adjunto del Instituto Francés de Prensa de la Universidad de París. El título de este artículo, “La Historia y la prensa”, resulta suficientemente ilustrativo, sin embargo, la voluntad de explicitar estas conexiones queda circunscrita al uso de la prensa como fuente historiográfica. En este artículo, además de validar el uso de la prensa como fuente histórica, se proponía una serie de sugerencias y recomendaciones para su utilización por parte de los historiadores.
5. Es necesario precisar que aunque todo sujeto/individuo tiene historia, la historia no es la suma o yuxtaposición de las historias individuales, sino que se constituye en función de un sujeto genérico, “objetivado”.
6. Algunas de las más importantes críticas a estas posturas han sido las de de Michel De Certeau (1993), quien defendería que la historia no se limita a constituirse como mero relato de hechos, sino que se implica en la creación de modelos destinados a hacer pensables, inteligibles esos hechos, estableciendo un proceso de significación a través de conceptos.

7. Si bien reconocemos que esta propuesta teórica ha devenido un referente significativo, de gran impacto dentro del ámbito específico de los estudios históricos en comunicación, lo que interesa destacar en ella, a los efectos del presente capítulo, es la formulación de algunos postulados fundamentales, que apuntan a una revisión paradigmática de los modos tradicionales de concebir la relación entre historia y comunicación social. Es precisamente en la concepción misma de esas relaciones, distanciada de posturas mecanicistas o utilitaristas, que su propuesta nos parece conciliable con otras reflexiones de diferente rango teórico-epistemológico, insertas también en un (re)conocimiento de las relaciones entre historia y comunicación social.
8. Esta es definida por el autor como la “forma social de comunicación en la cual la información se produce y distribuye por el recurso a un sistema de comunicación especializado en el manejo de la información que concierne a la comunidad como un conjunto” (Serrano, 2004, p. 89).
9. Para Serrano (2004) la homología entre Sistema Social (SS) y Sistema de Comunicación (SC) está dada en el hecho de que ambos sistemas involucran componentes cognitivos (superestructura), organizativos (estructura) y materiales (infraestructura). Sin embargo, no son idénticos, en tanto los componentes de cada uno de estos niveles son diferentes en ambos sistemas. La autonomía de ambos está dada en que ninguno de ellos puede determinar los componentes de los distintos niveles del otro sistema, ni tampoco de prescribir las conexiones específicas que se articulan entre los distintos niveles al interior del otro sistema.
10. En el área latinoamericana, por ejemplo, estas reflexiones constituyen el eje de atención fundamental de algunos artículos y ponencias de investigadores como el colombiano Jesús Martín-Barbero y la brasileña Marialva Barbosa, entre otros.
11. Una síntesis muy completa de la genealogía de esta área de estudios se presenta en el volumen: *Cultural Memory Studies. An International and Interdisciplinary Handbook* (2008), referenciado en la bibliografía final de este artículo. Dicho volumen recoge las aportaciones de 41 autores desde disciplinas como los estudios literarios, la historia, las neurociencias, la psicología y la comunicación, mostrando la diversidad de aproximaciones desarrolladas desde estos campos en torno al concepto central de memoria cultural. Algunas de las contribuciones recogidas en este volumen que atañen directamente a la relación entre memoria cultural y medios de comunicación son los trabajos de Martin Zierold -quien examina la relación entre cultura mediática y memoria cultural-; Barbie Zelizer -que analiza el periodismo como una actividad de construcción de la memoria cultural-; y los artículos de Jan Assman y Harald Welzer, quienes exploran la categoría de memoria comunicativa y sus articulaciones con la memoria cultural.
12. Para Huyssen, este boom es reconocible, por ejemplo, en la restauración de los centros urbanos, la moda retro, el auge creciente de la literatura confesional y biográfica, la proliferación de novelas históricas, los biopics y filmes históricos, así como en el tratamiento de temas históricos en el periodismo noticioso (Huyssen, 2000).

REFERENCIAS

- Amaya, Janny. (2010). *Historia y Comunicación Social. Apuntes para un diálogo inconcluso. Aproximación crítica al campo de estudios históricos en comunicación*. En: Revista Comunicación y Sociedad, No. 13, enero- junio 2010, pp. 149- 171.
- Aróstegui, Julio. (2001). *La investigación histórica: teoría y método*. Barcelona, Editorial Crítica, Barcelona.
- Assman, Jan. (2008). Communicative and Cultural Memory. En: ERLI, Astrid y NÜNNING, Ansgar (eds.) (2008). *Cultural Memory Studies. An International and Interdisciplinary Handbook*. Berlín, Walter de Gruyter, pp. 109-118.
- Barbosa, Marialva. (2001). Medios de comunicación y conmemoraciones. Estrategias de reactualización y construcción de la memoria. *Revista Signo y Pensamiento*, Universidad Javeriana de Colombia, (39), 104- 112.
- Barbosa, Marialva. (2004). *Jornalista, "Senhores da Memória"*. Ponencia presentada al NP02 - Jornalismo, do IV Encontro de núcleos de pesquisa da Intercom. 2004. [En línea] Disponible en: <http://reposcom.portcom.intercom.org.br/bitstream/1904/1248/1/R0165-1.pdf> [Consultada en octubre 2007].
- Barbosa, Marialva. (2007). *Meios de Comunicação e História: elos visíveis e invisíveis*. Ponencia presentada al V Congresso Nacional de História da Mídia, Intercom (Sociedade Brasileira de Estudos Interdisciplinares da Comunicação), Sao Paulo, 31 mayo - 2 de junio 2007.
- Cabrera, Miguel A. (2005). Hayden White y la teoría del conocimiento histórico. Una aproximación crítica. *Pasado y Memoria, Revista de Historia Contemporánea*, (4), 117-146.
- De Certeau, Michel. (1993). *La escritura de la Historia*. México, Universidad Iberoamericana.
- Erl, Astrid y Nünning, Ansgar (eds.) (2008). *Cultural Memory Studies. An International and Interdisciplinary Handbook*. Berlín, Walter de Gruyter.
- Fuentes, Raúl. (1992). El estudio de la comunicación desde una perspectiva sociocultural en América Latina. *Revista Diálogos de la Comunicación*, (32), (versión digital).
- Fuentes, Raúl. (1999). La investigación de la comunicación en América Latina: condiciones y perspectivas para el siglo XXI. *Revista Diálogos de la Comunicación*, (56), 52- 68.
- Huyssen, Andreas. (2000). Present Past: Media, politics, Amnesia. *Public Culture*, XII (1) Duke University Press, pp 21- 38. (Versión digital Centro Teórico- Cultural Criterios).

- Ichikawa, Emilio. (1996). *Un comentario a "La historia inmediata"*. En: Colectivo de Autores franceses y cubanos: *La Historia y el Oficio de Historiador*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, pp. 248/ 254, 1996.
- Káyser, Jacques. (1957). L'historien et la presse. *Revue historique*, (218-2), p. 284-309.
- Lacouture, Jean. (1996). *La Historia inmediata*. En: Colectivo de Autores franceses y cubanos: *La Historia y el Oficio de Historiador*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, pp. 225/247.
- Le Goff, Jacques. (2005). *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. Barcelona: Paidós.
- Le Goff, Jacques. (1991). *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Barcelona, Paidós.
- Marques de Melo, José. (2001). Identidad del campo de la comunicación: estrategias para salir del gueto académico. *Revista Diálogos de la Comunicación*. (62), 26- 34.
- Martín-Barbero, Jesús. (1998). *Medios: Olvidos y desmemorias. Medios para la Paz, Tertulia en la Fundación Santillana*, Bogotá, noviembre 1998. [En línea] Disponible en: <http://www.revistanumero.com/24medios.htm> [Consultado en marzo de 2006].
- Martín Serrano, Manuel. (2004). *La producción social de Comunicación*. Madrid, Alianza Editorial.
- Mendiola, Alfonso y Guillermo, Zermeño. (1998). Hacia una metodología del discurso histórico. En Galindo Cáceres, Jesús (coord.): *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*. México D.F Addison Wesley Longman, pp. 165- 208.
- Moles, Abraham. (1990). Sobre la densidad de los acontecimientos del mundo. *Revista Signo y Pensamiento*, Universidad Javeriana de Colombia, IX (17), 45-53, II Semestre.
- Nora, Pierre. (1984). Entre mémoire et histoire: La problématique des lieux. En: Nora, Pierre (Ed.) *Les Lieux de mémoire*. París, Gallimard, pp. xv- xiii.
- Piñuel, José Luis y Carlos Lozano. (2006). *Ensayo General sobre la comunicación*. Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, S. A.
- Ricoeur, Paul. (2004). *La Memoria, la Historia, el Olvido*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Rondelli, Elizabeth y Micael Herschman. (1999). Los medios y la construcción de lo biográfico. La muerte en escena. *Revista Diálogos de la Comunicación*, (55), 31- 46, junio.

- Ruiz Acosta, María José. (1998). Notas para el estudio del origen de la comunicación social. *Revista Historia y Comunicación Social*, Universidad Complutense de Madrid. (3), 391-401.
- Sánchez Ruiz, Enrique. (2002). La investigación latinoamericana de la comunicación y su entorno social. Notas para una agenda. *Revista Diálogos de la Comunicación* (62), pp. 24- 36.
- Saiz, María Dolores. (1996). Nuevas fuentes historiográficas. *Revista Historia y Comunicación Social*, Universidad Complutense de Madrid, (1), 131-144.
- Schramm, Wilbur. (1973). *Investigación de la comunicación en los Estados Unidos*, en W. Schramm (comp.) *La ciencia de la comunicación humana*. México: Editorial Roble.
- Vilar, Pierre. (1996). Historia. En: Colectivo de autores franceses y cubanos: *La historia y el oficio de historiador*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1-22.
- White, Hayden. (1992). *Metahistoria. La imaginación histórica en el siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Welzer, Harald. (2008). Communicative Memory. En: Erll, Astrid y Nünning, Ansgar (eds.) (2008). *Cultural Memory Studies. An International and Interdisciplinary Handbook*. Berlín, Walter de Gruyter, pp. 285-300.
- Zelizer, Barbie. (2008). Journalism's Memory Work. En: Erll, Astrid y Nünning, Ansgar (eds.) (2008). *Cultural Memory Studies. An International and Interdisciplinary Handbook*. Berlín, Walter de Gruyter, pp. 379-388.
- Zierold, Martin. (2008). *Memory and Media Cultures*. En: Erll, Astrid y Nünning, Ansgar (eds.) (2008). *Cultural Memory Studies. An International and Interdisciplinary Handbook*. Berlín, Walter de Gruyter, pp. 399-407.